

El violín mágico
Copyright ©2002 Jesús Quintanilla Osorio

No part of this publication may be reproduced in any form or by any means,
electronic or
mechanical, including photocopy, recording or any information storage and retrieval
system
now known or to be invented, without permission in writing from the publisher,
except by a
reviewer who wishes to quote brief passages in connection with a review written for
inclusion in a magazine, newspaper, or broadcast. Contact

Proyecto Editorial WindWisper,
PO Box 470
Fajardo, PR 00738

Derechos reservados ©2002 Jesús Quintanilla Osorio
Se prohíbe reproducir, almacenar o transmitir cualquier parte de este libro en manera
alguna
ni por ningún medio sin previo permiso escrito, excepto en el caso de citas cortas para
críticas. Para recibir más información, diríjase a:

Proyecto Editorial WindWisper,
PO Box 470
Fajardo, PR 00738

I

Erase un violinista, desesperanzado, que vivía en una miserable casucha en un barrio pobrísimo.

Cansado de sufrir la medianía del fracaso y las privaciones de su estado, aunque no sabía hacer otra cosa, se dedicó, por hambre, a trabajar en una oficina de correos y, aunque el servicio postal le resultaba una rutina más porque su sueño estaba en la música, poco a poco se dejó llevar por esta fuerza, la fuerza de la costumbre, de tener que trabajar todos los días en una tarea desagradable, cargando grandes fardos y paquetes muy pesados para costearse su vida.

En el fondo, sin embargo, seguía aspirando a seguir tocando. Pero acaso, siendo huérfano, conseguía unos pesos de los viandantes de la calle o algunas monedas de un hombre misericordioso y estas se gastaban tan pronto, diluyéndose su arte en la necesidad.

El hambre la acuciaba y se vestía de ensoñaciones. Desde su pobre oficinita, con apenas una silla de madera desvencijada y el marcador de los sellos sobre una mesa como un pequeño pupitre de

escuela, se entretenía marcando cada carta y cada sobre con detenimiento, como si existiese magia en cada pequeño impreso.

Y un buen día, de esos donde el sol parece iluminar más con la suavidad de sus rayos, que no nos sofocan como muchas veces, debió de bajar al sótano para conseguir más tinta.

“Se encuentra en un cuartito, como un desván, a un lado de la vieja caldera...no hay pierda, lo encontrarás enseguida”, y en esa labor estaba cuando tropezó con una cajita, no mayor que un par de codos. Su forma le sugirió el contenido, pues el contorno anunciaba su tan deseada figura de un violín.

Cubierto de polvo, con rasguños por todos lados, el contenedor del instrumento tendría al menos unos cien años. Con sumo cuidado lo abrió, temiendo encontrar un astillado violincillo poblado de vetustez y la gracia comedida de lo antiguo. En cambio, la vista de este violín le produjo un gran impacto. Se advertía como nuevo, cual si hubiese salido de las manos de un artista una hora antes.

Quiso leer la vieja inscripción a un costado y solo pudo distinguir “varius”...¿Sería un Stradivarius, obra del genial maestro? La sola idea

le produjo una satisfacción interna, como si le despertara un sentido especial, hasta entonces detenido por el trabajo en la oficina.

La gracia de aquel violín le contagiaba.

Lo tomó con suavidad exagerada, cual si temiese romperlo con sacarlo de su estuche.

El arco, replegado en un doble fondo, se veía reluciente y firme. Quiso ensayar algunas poses y de pronto recordó a su exigente jefe.

“¡Le he dicho que no se tarde mucho en sus diligencias, si no está de paseo! ¡Está trabajando!”, y los desaforados gritos le destemplaban los oídos. Así pues, decidió regresar a la brevedad, envolviendo en una tela su descubrimiento para guardarlo en su casillero, seguro de que si alguna vez había pertenecido a alguien tal persona ya no existía.

A las dos de la tarde, antes de la salida, le fué a echar un vistazo. No fuera ser que todo se trataba de un sueño y el violín era cosa de su imaginación. Nervioso, sacó su pequeña llavecita para abrir la puerta de su guardador.

Si todo resultaba ser imaginario, lo entendería.

Se detuvo un instante más.

No, no lo entendería.

La vida no podía ser tan cruel para regalarle un sueño y luego despertarlo.

Tragó saliva.

Allí estaba.

Envuelto en su sudario, como si hubiese resucitado de un larguísimo descanso.

Respiró aliviado.